

■ ■ ■ ■ ■
EMILIO ROMERO

El tiempo se devora a sí mismo

EDUARDO Haro Tecglen es el autor frecuente de una columna sobre lo que ve y oye en Televisión. Es una manera moderna de ver la actualidad. Todavía no he llegado a eso, pero es una esperanza. Ahora mismo la concurrencia o competitividad informativa de las televisiones privadas y públicas hace un gran servicio para la información, sobre lo que pasa y sus personajes. Observo que Eduardo Haro Tecglen ejerce la crítica con corrección desde la denuncia o la implacabilidad, y no desde la ironía o de la sátira. Le observo razonador desde la decepción. Hay personalidades que caminan al mismo ritmo de la Historia, y otras se resisten, o critican, o se asombran, ante los cambios de la Historia misma. Confieso que mi disposición no fue nunca la de ir detrás de la Historia, ni siquiera a su lado en los cambios. Tenía el estímulo de ir por delante, aunque sin la preocupación de sacar partido de ello, porque eso se corresponde con los políticos y otras gentes, y difícilmente con los escritores, o a quienes nos ha gustado la historia del pasado con exceso. Otra cosa es la actitud de subversivo o crítico.

Yo, después de mi juventud utópica, inocente e ilusionada en las ideas, ya no fui otra cosa que crítico. Nunca subversivo. El escepticismo es un gran colaborador para no hacer bobadas.

Eduardo Haro Tecglen comenta lo que yo dije el otro día sobre la conversación de Yves Montand y Jorge Semprún en el espacio de televisión de Concha García Campoy. «Yo mismo —dice Haro Tecglen— después de escuchar a Yves Montand, busqué su viejo disco —con la canción de los partisanos— para romperlo, pensando que ya no significaba nada. No lo hice. ¿Por qué ha de ser verdad el Montand de ahora y no el de entonces?».

Sencillamente porque han fracasado las ideas de aquellos tiempos, traducidas en sistemas políticos. A Jorge Semprún le pasó lo mismo. En la propia Unión Soviética había tenido una gran tradición en el liderazgo de las Juventudes Comunistas Mijail Gorbachov, y había salido de la Universidad de Moscú, y en los finales de la década de los

80 empezaría su gran renovación, integrando la crítica al pasado con las libertades necesarias.

«Jorge, Yves —sigue diciendo Haro Tecglen— defienden la misma libertad de entonces. Sólo que ha girado el mapa: entonces era la URSS, ahora es la «pax americana». ¿Son distintos, lo somos los demás? ¿Han seguido ellos un espíritu de fuerza y de poder, que solamente ha cambiado de nombre? El bien y el mal ¿han cambiado de domicilio?».

Este párrafo es dramático y hasta patético. En primer lugar, ni Jorge, ni Yves defienden la misma libertad de entonces. Esta es otra. Aquella era por la justicia ante la implacabilidad de una sociedad injusta, o frente al fascismo, que era una dictadura de expansionismo y de glorificaciones patrióticas. Esta libertad se refiere al sistema democrático, a las libertades de la persona, y al progreso cultu-

¿Por qué ha de ser de verdad el Yves Montand de ahora y no el de entonces?

ral y Social. El sistema comunista de la Unión Soviética y de los países ocupados no ha sobrevivido, mientras que sigue lo mismo que era la democracia norteamericana.

El gran suceso fue que un presidente norteamericano, Ronald Reagan, y un presidente soviético, Mijail Gorbachov, decidieran la liquidación de la «guerra fría» entre democracias occidentales y países comunistas de la Europa Central y del Este, y después el propio Gorbachov dejaría libres a los pueblos ocupados de Europa por los acuerdos de Yalta y de Potsdam y estos pueblos construirían sistemas de libertades. Hasta se lograría poco después que se reunificara Alemania sin ningún riesgo para las liberta-

des. En las democracias no aparecen arrinconados, ni la justicia ni el progreso, y todo aquello de la guerra civil española, de la guerra mundial y de la postguerra, cuando se fabricaban ilusiones Jorge Semprún e Yves Montand, empezarían a ser enseguida capítulos antiguos de la Historia y los dos comenzarían a marcharse a lo que seguía inquietándolos, pero ya por otros caminos. La Historia seguía promoviendo sorpresas y cuando empezó lo del Golfo Pérsico tenía lugar la alianza en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de tres países, que promovieron la conmoción universal. Era la alianza para que se marchara de Kuwait su invasor Sadam Hussein, y los países eran la URSS, China y los Estados Unidos de América. Más adelante el propio Consejo de Seguridad autorizaría la acción de la fuerza para desalojar a Irak de Kuwait. La izquierda clásica y moderna europea, y España en ella, tiene personajes que no se incorporan a esta realidad de los cambios; otros lo hacen con seguridad y con valor; y algunos siguen sin digerir lo que ha pasado, y hasta el mantenimiento del protagonismo norteamericano.

No es posible enjuiciar a los evolucionistas o reconvertidos sin echarse del brazo de la Historia. No puede decirse de muchos de ellos que son rectificadores de sus ideas, sino que lo sucedido es que la Historia ha promovido unos cambios que obligan al ejercicio de otros métodos para alcanzar lo más noble de las viejas ideas. Las argumentaciones de Yves Montand respecto a los pacifistas comunistas tenían una gran solidez de acusación.

Resulta que habían estado callados cuando los asesinatos de Tiananmen y también ante las represiones de Sadam Hussein en su invasión de Kuwait. Su pacifismo de ahora era sorprendente. En Haro Tecglen había la sorpresa por todo esto. Confieso que yo no tengo ninguna. Las libertades se corresponden con los tiempos que vivimos, y hay dos cosas que han tenido que modernizarse: el socialismo y el liberalismo. Lo del Golfo Pérsico tiene dos partes. La primera va a concluir, y luego vendrá la segunda, que será complicada. Pero esta es otra cuestión.

■ ■ ■ ■ ■
EMILIO REY

Sin donantes

MUCHAS vidas humanas están pendientes de la donación de algún órgano. Es rara la institución sanitaria que no tiene algún enfermo pendiente de ese hilo que es contar con el órgano que necesita para poder seguir viviendo.

Esta urgencia y carencia de donantes ha provocado un duro comunicado del estamento médico. El gerente del centro médico del hospital de la Paz, en la capital de España, que fue un buque insignia de la Seguridad social elaboró un comunicado en el que se notificaba el premio de 100.000 pesetas al médico que consiguiera convencer a los familiares de enfermos o a los propios enfermos para que donaran algún órgano.

Los médicos han contrarreplicado con dureza: «No somos parientes de Frankenstein, ni compartimos su código deontológico» y, todavía más, «no

somos buitres, ni estaremos al acecho de la víctima para sacarle las vísceras». A pesar del desatino del citado gerente, en nuestro país falta aún una educación para la donación. Ni se nos ha informado ni tampoco se conocen los mecanismos a seguir para donar unos ojos que pueden salvar una ceguera o un corazón que siga latiendo en otro cuerpo.

Donar un órgano parecía un tema tabú. Como en tantas cuestiones la Administración ha sido incapaz de crear una conciencia para la donación, por eso ahora la iniciativa de premiar nos suena un poco a los carteles del Oeste: «Wanted».

Igual que se hizo con el «Póntelo, pónselo» para prevenir los embarazos no deseados y para la prevención de enfermedades contagiosas, no sería nada desdeñable poner en marcha los mecanismos para lograr la concienciación de que un órgano donado puede salvar una vida.



■ ■ ■ ■ ■
PEDRO ALTARES

Felipe González, solo ante el peligro

NUNCA como en estos procelosos días que se prolongan desde el dos de agosto se había evidenciado de manera tan ostensible el personal, y personalista modo de gobernar de Felipe González. A pesar de los amplios poderes que la Constitución concede al presidente del Gobierno, nuestro sistema político no puede considerarse, como en otros países democráticos, presidencialista. Sin embargo, la superposición de las facultades constitucionales y las que se derivan del ejercicio de un liderazgo indiscutido e indiscutible, no sólo dentro de su partido, están convirtiendo a Felipe González en un gobernante peculiar, al menos dentro de los esquemas europeos. La crisis del Golfo ilustra nitidamente esta afirmación. Desde el pasado agosto el presidente español ha reducido a su mínima expresión el colectivo Gobierno que ha sido sustituido por una especie de «sanedrín» compuesto por únicamente tres ministros (Asuntos Exteriores, Defensa y Portavoz), no se sabe bien si en calidad de meros asesores o de ejecutores de la política que sólo él diseña. El Gabinete de crisis no ha sido convocado, salvo en una ocasión. Tampoco se conocen asesores presidenciales (con la excepción de Juan Antonio Yáñez) que hayan sido oídos o consultados en unas circunstancias tan excepcionales como las actuales. Al grupo parlamentario, que se sepa, sólo se le informa relativamente y lo mismo puede decirse de los órganos del partido a quien se le someten para su aprobación las cuestiones ya previamente decididas. La dimisión de Alfonso Guerra, con la plaza todavía vacante, acentúa esa sensación de absoluta personalización de la política nacional en Felipe González. Y que nada tiene que ver, para que no haya malos entendidos, con un Gobierno absoluto que la Constitución española hace imposible. Cada semana que pasa se da un paso más en esa dirección. Por ejemplo, y sin ir más lejos, en los dos últimos Consejos de Ministros, el portavoz ante los medios de comunicación ha sido el propio presidente. La ministra ha aparecido silenciosa y a prudente distancia. Así las cosas, nada tiene de extraño que los ministros que no están en el mini-gabinete (definición por cierto muy significativa) apenas abran la boca. Probablemente porque nada tienen que decir. Felipe González lo hace y lo dice todo. El resto es, nunca mejor dicho, una masa coral.